

VICENTE HUIDOBRO
MARIA LUISA FERNANDEZ

Epistolario

SELECCION, PROLOGO Y NOTAS
PEDRO PABLO ZEGERS Y THOMAS HARRIS

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

Índice

-Prólogo, <i>Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris.</i>	5
<i>I. Cartas de Vicente Huidobro A María Luisa Fernández y otros</i>	
-Carta a María Luisa Fernández, 27 de noviembre de 1930	16
-Carta a María Luisa Fernández, 7 de abril de 1932	20
-Carta a María Luisa Fernández, 1 de mayo de 1932	22
-Carta a María Luisa Fernández, 6 de mayo	24
-Carta a María Luisa Fernández, 10 de junio de 1932	26
-Carta a María Luisa Fernández, 17 de junio de 1932	28
-Carta a Salvador Reyes, julio de 1924	30
-Carta a María García-Huidobro, diciembre de 1939	35
-Carta a Manuela García- Huidobro, 2 de noviembre de 1944	36
-Carta a Luis Vargas Rosas, 17 de mayo de 1945	38
-Carta a Luis Vargas Rosas, 2 de septiembre de 1945	44
-Carta a Luis Vargas Rosas, 10 de septiembre de 1945	52
-Carta a Manola García Huidobro, 10 de septiembre de 1945	54
Fotografías	56
<i>II. Cartas de María Luisa Fernández a Vicente Huidobro</i>	
-22 de agosto de 1926	70
-Octubre de 1926	71
-3 de noviembre de 1926	73
-6 de diciembre de 1926	75
-11 de agosto de 1928	79
-25 de agosto de 1928	80
-29 de agosto de 1928	81
-Diciembre de 1928	82
-25 de enero de 1929	83

-8 de febrero de 1929	85
-30 de abril de 1929	87
-5 de julio de 1929	89
-Agosto de 1929	91
-Octubre de 1929	92
-Octubre de 1929	93
-19 de junio de 1930	94
-30 de junio de 1930	96
-14 de julio de 1930	99
-Agosto de 1930	100
-7 de setiembre de 1930	102
-10 de setiembre	104
-12 de octubre de 1930	106
-Noviembre de 1930	108
-12 de noviembre de 1930	110
-12 de enero de 1931	112
-20 de marzo de 1931	114
-23 de abril de 1931	116
-27 de mayo de 1931	117
-7 de agosto de 1931	119
-10 de noviembre de 1931	122
-1 de diciembre de 1931	123
-Abril de 1932	125
-21 de abril de 1932	127
-21 de abril de 1932	129
-18 de mayo de 1932	131
-Mayo de 1932	132
-29 de junio de 1932	133
-19 de julio de 1932	135
-4 de diciembre de 1932	137
-11 de enero de 1933	138
-7 de febrero de 1934	139

III. Cartas sin data de María Luisa Fernández a Vicente Huidobro

-Carta N°1	142
-Carta N°2	143
-Carta N°3	144
-Carta N°4	146
-Carta N°5	147
-Carta N°6	149
-Carta N°7	150
-Carta N°8	151
-Carta N°9	152
-Carta N°10	153
-Carta N°11	154
-Carta N°12	155
-Carta N°13	156

Cartas Facsimilares 159

Notas

-I. Cartas de Vicente Huidobro a María Luisa Fernández y otros	191
-II. Cartas de María Luisa Fernández a Vicente Huidobro	201
-III. Cartas sin data de María Luisa Fernández a Vicente Huidobro	207

Prólogo



HUIDOBRO, TAL VEZ EN UNO DE SUS manifiestos más radicales, «Total», escrito en Madrid en 1931 y aparecido en versión castellana en el diario *La Nación* de Buenos Aires en 1933, plantea la necesidad de la construcción del hombre total, de un ancho espíritu sintético, sin miedo, que reflejase toda la época en la que le tocó vivir, diciendo basta a los pedazos de hombre, a los pequeños trozos de vida. Indudablemente, Vicente Huidobro fue fiel a este planteamiento del arte como práctica totalizante, y como vehículo de cambios sociales, o, por lo menos, trató de serlo. En sus regresos a Chile, tanto en 1925 como en 1933, participó activamente en la vida política del país y nunca dejó de ser el gran instigador de su época,

en la cual se sentía incómodo, y de Chile, del cual abominaba las tradiciones ya decadentes de una aristocracia venida a menos y de una burguesía inculta y ávida de Poder. Es precisamente la figura de este artista que reniega de su tiempo y de su espacio, que quiere ir más allá de las convenciones todas de su época, en suma, el poeta de vanguardia, que «se las cree» y que desea que los demás también le crean, arremetiendo, juramentando, denostando, alabando desmedidamente, invirtiendo los signos establecidos, es el poeta-hombre, que se refleja en las cartas que se publican en este libro, y la conflictiva relación, tan plétórica del *odi et amo* a la vez, de Catulo, con su madre, María Luisa Fernández de García-

Huidobro, escritora también, animadora de salones literarios, aristócrata y católica.

Antes de referirnos al contenido y contexto de la correspondencia que contiene este libro, es imposible no detenernos en la inevitable pregunta: ¿Qué nos dice la vida privada de un autor respecto a su obra? ¿No son los poemas y sólo los poemas los que importan para explicar al poeta? ¿No resulta a veces desalentador adentrarse en esa aventura insondable que es un hombre, del cual admirábamos su obra, y, finalmente aquel nos resulta irritante? O, a fin de cuentas, no es un tanto indecoroso hurgar en la vida privada, en el último reducto al resguardo de los otros? Sobre todo en nuestro tiempo, ávido de biografías, epistolarios, autobiografías o cualquier otro tipo de género que indague en lo que llamamos «lo privado».

¿Existe lo Privado? ¿Es dable desearlo o defenderlo? Creemos que el poeta, desde que publica su primer poema, ya sea en un diario, mimeografiado, en una gaceti-lla o en tantas de esas autoediciones en las que los jóvenes poetas tallan sus primeras esperanzas literarias, abandona la casulla de lo privado y pasa a ser un hombre expuesto, exhibido y en riesgo, un hombre al que su vida privada pasa a ser historia pública.

Más allá que esto sea deseable o no, que pueda constituir un afán exhibicionista o una angustiante paradoja, como la de Pessoa, para el que escribir era una manera de estar solo. De todos modos no era el caso de Huidobro. Sin duda él no quería estar solo y tampoco parecía molestarle que su correspondencia fuese leída por otros que no fuesen el destinatario directo, como lo expresa en una carta a Luis Vargas Rosas de 1945, donde dice en su *post scriptum*: «Puedes leer esta carta a los Bulnes y a quien quieras». Huidobro hacía literatura en todo lo que escribía, desde sus poemas creacionistas hasta sus pancartas políticas, ¿por qué no en su correspondencia?

Borges, en una conferencia de 1978, «El cuento policial», refiriéndose a la relación de la vida y obra de Poe, dice que baste recordar, para la comprensión de su obra, que Poe fue un hombre que llevó una vida desventurada, que murió a los cuarenta años, que estaba entregado al alcohol y a la neurosis. Y agrega Borges: «No tenemos por qué entrar en los detalles de la neurosis; bástenos saber que Poe fue un hombre muy desdichado y que se movió predestinado a la desventura. Para liberarse de ella se dio en fulgurar y, acaso, en exagerar sus virtudes intelectuales». Esto hizo que inven-

tara un personaje, Edgar Allan Poe, el mejor poeta romántico y el literato cerebral. Borges no indaga en los detalles, sin duda mórbidos, del padecimiento de Poe. No lo encuentra necesario. Y tal vez, afectivamente no lo sea y baste lo sustantivo que él expone, pero el hecho es que todo poeta, algunos de manera superlativa, se crean un personaje, una máscara. Y no sólo los poetas. Todos tenemos el personaje que quisiéramos ser, la máscara arquetípica creada por nuestro deseo. Sin duda, Vicente García-Huidobro fue creando desde muy temprano a Vicente Huidobro, el poeta vanguardista, aventurero, cosmopolita, revolucionario, rupturista e intransigente: desde la publicación de *Pasando y pasando*, en 1914, libro de crónicas que por sus críticas sociales y religiosas es quemado por su familia, a sus manifiestos estéticos, que comienza a dar a conocer, tempranamente en 1916, en Buenos Aires, y que continúa publicando en revistas o en conjunto, durante su vida.

No hace menos en sus cartas. En una de éstas, dirigida a su amigo el pintor Luis Vargas Rosas, reafirma el mito de la posesión del teléfono de Hitler: «La verdad es algo demasiado teatral -escribe- y para epatar (sic) provincianos y alemanes románticos. Hay cosas de un mal gusto

que te daría risa. Tu amigo, el autor de *Altazor*, se robó el teléfono de Hitler para su museo particular de recuerdos de guerra». Mascarones de proa que lloran o el teléfono personal del Führer: aunque sean signos que permanecen en la periferia de la obra de los poetas, creemos, son igualmente significantes de un contexto más amplio en que siempre es útil indagar, rastrear, bucear, siempre un tanto a ciegas, confundidos entre el mito y la realidad.

Las cartas de Huidobro incluidas en este libro cubren un período que va desde 1924 a 1945. Es decir desde el año en que Huidobro conoce a Ximena Amunátegui, lo que es causa de la separación de su mujer Manuela Portales Bello y de sus hijos, y la posterior partida a Europa hasta su separación de Ximena Amunátegui -cosa absolutamente aleatoria en el libro-, año en que transmite desde París sus crónicas de guerra para «La voz de América», y regresa definitivamente a Chile, con su tercera mujer, Raquel Señoret, para instalarse en su fundo vecino al balneario de Cartagena hasta su muerte, el 2 de enero de 1948.

Una de las cartas que abre este epistolario «aleatorio», está dirigida a Salvador Reyes, acusando recibo de lo que ca-